

Históricas Digital

Carlos Bosch García

“La última intervención europea también llegó
por Veracruz”

p. 367-398

*México frente al mar. El conflicto histórico entre
la novedad marinera y la tradición terrestre*

Carlos Bosch García

México

Universidad Nacional Autónoma de México/
Coordinación de Humanidades/Instituto
de Investigaciones Históricas

1981

476 p.

ISBN 968-58-0083-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/180/mexico-mar.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO IX

LA ÚLTIMA INTERVENCIÓN EUROPEA TAMBIÉN LLEGÓ POR VERACRUZ

1. La estructura de la marina desde Ayutla al Imperio
2. La política pretendió sostenerse con los puertos
3. Los nuevos conceptos de la economía
4. La penetración económica
5. Definición política y preparación para la última fricción
6. El desacuerdo de los comisariados franceses
7. Retiro de españoles e ingleses y la intervención de Francia
8. La caminata a la capital
9. La intriga continuó en Europa
10. La llegada de Forey a Veracruz y la segunda columna invasora
11. Las campañas en el interior
12. La convención militar con Francia y la aceptación de Maximiliano
13. Conclusión



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



1. *La estructura de la marina desde Ayutla al Imperio*

La situación de la república había sido confusa durante los años en que empezó la Reforma, dentro del último periodo de la dictadura de Santa Anna, que inició con ella su resquebrajamiento. Llama la atención el que con tanta confusión interna se mantuviera la importancia de la burocracia portuaria y de la legislación relativa a los navíos que habían el comercio, pero en ello radicaba la esperanza de mantener un instrumento económico redituable. Partimos así del 29 de enero de 1854 en que apareció el “Acta de navegación para el comercio de la República Mexicana”,¹ habilitando a los buques mexicanos para el comercio exterior, siempre que se atuvieran a los aranceles establecidos y recíprocamente se daba el mismo derecho a los navíos extranjeros que tuvieran tratados de comercio en México. Los demás tendrían que pagar derechos aumentados para cualquier transacción y sólo transportarían los efectos producidos en su propia nación, pues de lo contrario se expondrían a la pena de decomiso.

El acta de navegación definía:

se considerarán como buques mexicanos para los efectos de esta ley, los que lo son en la actualidad. . . los construidos en la República, o apresados al enemigo por buque de guerra o corsarios y declarados buena presa por los tribunales competentes, siempre que, además, pertenezcan exclusivamente a mexicanos sus respectivos capitanes.²

Pero la finalidad principal del acta no era otra que respetar las cláusulas recíprocas de los tratados y elevar las cuotas de los aranceles a todos los buques que no estuvieran al amparo de los tratados de sus naciones respectivas. El acta reflejaba así la bancarrota nacional que se trataba de aminorar exprimiendo, a través de las aduanas, hasta el último centavo posible.

Pero al iniciarse las actividades políticas de la nación en el estado de Guerrero, a través de las operaciones del general Juan Álvarez que, como ya vimos, culminaron en el Plan de Ayutla, el gobierno de Santa Anna ordenó al comandante de Marina del Sur, Pedro Díaz Mirón, que alistara un buque para bloquear el puerto de Acapulco y

1 Bonilla, *Historia marítima de México*, p. 296.

2 *Ibidem*, p. 299.



el 27 de enero de 1854 la orden fue terminante en cuanto a que se efectuara el bloqueo con los buques de guerra Carolina y Guerrero.

Curiosamente vino una secuencia de medidas y reglamentos, todos con el fin de asegurar y vigilar las costas. Fue en ese mismo mes de enero de 1854 cuando el gobierno decretó la organización de la Marina de Guerra estableciendo las plantas de buques y de personal, tanto en las embarcaciones como en las dependencias. Seis buques de guerra fueron señalados para vigilar el Mar del Norte (Golfo) y otros seis el del Sur (Pacífico). Se establecieron las listas de los oficiales que debían ir a bordo de cada uno y se erigieron las comandancias de marina, una para el Mar del Norte, con residencia en Veracruz y otra para el del Sur, con residencia en San Blas. También se inauguró una sección de marina en el ministerio de la Guerra, encargada de los asuntos de la armada. Finalmente el mismo decreto dispuso la entrada de veinte alumnos al Colegio Militar. Ellos debían ser “aclimatados” en las costas y “destinados” al servicio de la marina. Terminados sus estudios pasarían a bordo de los buques de guerra con el carácter de aspirantes de primera, para hacer el estudio y aprendizaje del pilotaje y las prácticas marineras. En todos los puertos hubo un servicio de capitanías con personal, cuyas labores fueron definidas.

Pero los esfuerzos no quedaron ahí: el 28 de diciembre de 1854 se estableció una escuela náutica en la isla del Carmen para adiestrar a la juventud destinada a la Marina Nacional:

la dotación de alumnos de esta escuela será hasta de cuarenta. La admisión de éstos la declara el supremo gobierno, previos los informes correspondientes de la buena conducta de los interesados y no ser menores de doce ni mayores de quince.³

Los profesores del plantel atendían las asignaturas establecidas y también enseñaban idiomas y estos últimos recibían sueldo de cincuenta pesos, treinta menos que los anteriores. Todos los alumnos contaban con emolumentos de quince pesos para atender a su manutención, vestuario, calzado y lavado, pero los uniformes que usaban eran asignados por la Hacienda Pública al establecimiento.

Pocos años después, en el mes de mayo de 1857, el presidente Ignacio Comonfort insistió en el tema y estableció dos colegios náuticos, uno en San Juan de Ulúa y otro en Mazatlán que atendieron a veinte alumnos cada uno, y cuyos gastos costó esa vez, totalmente, el gobierno federal. Siguió después las escuelas de Tepic y Campeche.

Esos planteles se superpusieron a otros que, en la zona de Campeche y Yucatán, habían existido con anterioridad, regentados primero por marinos españoles y luego por nacionales.

³ *Ibidem*, p. 305.



Los esfuerzos que venimos describiendo se complementaron por la reglamentación, expedida en enero de 1857, para expedir las supremas patentes de navegación que, mediante treinta y dos pesos y la firma del presidente de la república, servirían para comprobar la nacionalidad de los buques durante dos años. Nadie más podría autorizar la navegación marítima. Los servicios administrativos de marina eran prestados por las mismas autoridades, tanto si se trataba de buques de guerra como de los mercantes, y los litorales del país se dividieron en departamentos marítimos que agrupaban el material flotante en escuadrillas, mismas que fueron suprimidas después para dejar las embarcaciones de guerra sueltas en cada departamento. La marina mercante dependía de los dos departamentos marítimos que existían en cada litoral, y de ellos se desprendían los comandantes generales de marina, a cuyas oficinas se subordinaban las capitanías de puerto para el despacho de los asuntos.

El comercio contaba, además, con el *Código de Comercio de México*, fechado en mayo de 1854, que fue el resultado de intentos fracasados hasta que Santa Anna logró que se promulgara para precisar las figuras mercantiles de acuerdo a la manera de ser y a las costumbres de los mexicanos. Fue el punto de partida que conjugó las necesidades internas y el desarrollo del comercio nacional. En su cuerpo se encuentra el título V “de los riesgos y daños del comercio marítimo” compuesto por las diversas secciones sobre las averías, las arribadas forzosas, el naufragio y la prescripción en las obligaciones del comercio marítimo.⁴

No se descuidó el esfuerzo para estimular la vida económica del país y con ese propósito el ministerio de Hacienda hizo el 17 de enero de 1855 una concesión al señor Alejandro Gellange a nombre de Lelong, Camacho y Compañía para establecer una línea de vapores, de nacionalidad francesa, que fueran del puerto de Havre, en Francia, hasta Veracruz y Tampico. Los vapores viajarían mensualmente y el viaje de regreso se emprendería a mediados de mes, de tal manera que se alternaran con los paquetes que llegaban desde Inglaterra llevando pasajeros, correspondencia y mercancías. Además la compañía podía establecer depósitos de carbón piedra para el uso de la línea, y el que se introdujera en el país, para ese propósito, sería libre de derechos y de contribuciones. Los barcos que lo trajeran tampoco pagarían otros derechos que el de cuatro reales por tonelada de las que midieran, siempre y cuando sólo trasladaran el carbón.

2. La política pretendió sostenerse con los puertos

El gobierno mexicano consideraba que en remuneración a las ventajas que le concedía, la compañía correspondería transportando gratis los efectos y la gente que

⁴ Guillermo Tardiff, *Historia general del comercio exterior mexicano*, t. II, p. 319-439.



les indicaran, entre Veracruz y Tampico. La correspondencia entre Francia y México y hasta seis pasajeros que hicieran el viaje por orden del gobierno, también irían sin causar gastos.⁵

Y siguieron las medidas con el fin de sofocar la revolución cada día más fuerte en contra de Santa Anna: para ello se iba en busca de más dinero y el día 10 de marzo de ese año cada bulto de importación marítima en el puerto de Veracruz pagaría un real a una junta recién creada, que prepararía un informe con una cuenta general, comprobada, de los ingresos y egresos que hubiera tenido mensualmente. El 12 de abril se expidió otro decreto sobre circulación y exportación de moneda, ordenando que el dinero mandado en conducta a los puertos habilitados para la navegación de altura, pagaría en lugares preestablecidos el siete por ciento por circulación y el tres por exportación, y lo mismo se pagaría si el dinero conducido fuera en bultos y se introdujera en fardos por los puertos de Manzanillo y Tabasco. Los fardos mayores se reducirían a bultos, pagándose lo que resultara a las aduanas marítimas portuarias. Con ese dinero se pagarían los gastos del tribunal mercantil. El 27 de abril se inauguró un nuevo impuesto de dos reales por quintal de concha, de perla o nácar que se extrajera en las costas de Baja de California, que recaudaría la aduana marítima de La Paz, al tiempo en que se hiciera su exportación, y el gravamen sobre el producto sería destinado a la instrucción pública en la península. Al día siguiente se permitió la exportación de productos minerales en el territorio de la Baja California y su exportación debía hacerse sólo por el puerto de La Paz, que recaudaría en su aduana la décima parte del valor de lo exportado. Todavía el 28 de abril se concedió al comercio y a los acreedores de la deuda interior el pago de quince por ciento, en bonos de la deuda, en los derechos de importación que causaran sus mercancías importadas por los puertos.

La hacienda pública no lograba levantarse a pesar de las nuevas medidas y Santa Anna cayó. Al entrar Comonfort, la legislación sobre las importaciones reflejaba el cuadro patético que se plasmaba en el interior, pues además de derogarse el decreto que limitaba la importación de libros impresos por el puerto de Veracruz, junto con otras restricciones sobre el particular, también hubo que derogar el decreto del 8 de noviembre de 1853 que imponía derechos de importación de ganado caballar, mular, vacas o terneras, bueyes, toros o novillos, carneros, cabras con cría o sin ella, cabritos, cerdos, carne de res salada o de cerdo, carne de chito, jamón o pernil salado de tocino, manteca de cerdo, sebo de todas clases, lana de carnero, cueros de res al pelo de ternera o de becerro. Ello indicaba una grave escasez de esos productos y la pobreza creciente en el interior del país.

Poco debieron respetarse las leyes pues el 13 de octubre de 1855 hubo que insistir en restablecer el arancel marítimo en diversos estados de la república porque

⁵ *Ibidem*, p. 457-8.



uno de los motivos de perpetuo empobrecimiento y disgusto. . . es el pésimo sistema fiscal que aún subsiste, las restricciones mercantiles, y la comparación entre las franquicias que disfruta el comercio de los Estados Unidos que tienen tan inmoderado, y las vejaciones que los sistemas anunciados han hecho padecer a aquellos pueblos.

3. *Los nuevos concepto de la economía*

De manera especial consideramos importante el razonamiento del ministro de Hacienda al declarar, dando una vuelta en la manera de pensar, que

siempre que han tenido representación las ideas liberales, se ha ocurrido con ahínco al remedio del malestar que he manifestado y los proyectos de decretos diferenciales, abolición del sistema restrictivo, zona libre y otros, son como patentes testimonios del vivo interés que inspira esa parte preciosa de nuestro territorio. . .

De hecho anunciaba la llegada de un nuevo concepto de la economía que ya estaba planteado en la política. La conclusión era que se debía restablecer

el arancel marítimo en los propios términos que rige en toda la República, sirviéndose indicar las medidas que crea indispensables para acudir a las justas existencias de aquellos pueblos.⁶

También debe notarse cómo el mismo decreto preveía los perjuicios de la responsabilidad del gobierno, la indemnización al comercio por los perjuicios procedentes de la violación de la ley, y ya concibe la ilustración y el patriotismo de V.E. las dificultades en que nos veríamos envueltos en momentos en que la nación necesita de mayor paz y de impulso más uniforme.

Había pues que hacer las cosas de tal manera que:

una comparación que nos sea ventajosa, atraiga la emigración, desarrolle la riqueza, y nos haga entrar, no en una política de absurdas represalias, sino en la política de la confraternidad y el bien recíproco; haciendo al mismo tiempo respetables nuestros derechos, y dando mayor suma de garantías a nuestra nacionalidad.

⁶ *Ibidem*, p. 467.



Las realidades se imponían y, bajo la presidencia de Juan Alvarez, se habló de las nuevas formalidades que afectaron el comercio exterior. Entre ellas apareció el aumento de un peso por tonelada a todos los buques que arribaran del extranjero pero, además, se aumentaba el rigor contra cualquier contrabando con energía; incluso se obligaba a desembarcar la comida sobrante del viaje, que se reembarcaba al zarpar el buque, de manera que no hubiera posibilidad de fraude. Establecían incluso un sistema de multas por cualquier falta de información o de documentos y los castigos podían llegar a provocar el decomiso del buque.⁷

El año de 1856 se caracterizó por los continuos levantamientos en la república y el gobierno pasaba, como vimos, de unas manos a otras. La consecuencia fue que las observaciones y las exigencias del partido liberal aferraban al presidente con mayor vigor a sus ideas y por ello se oponía a cuanto pareciera cesión o flaqueza en los principios que formaban su programa de conducta política. Las penurias del erario siguieron mostrando las circunstancias penosas del país y, a la vez que los funcionarios paralizaban las fuentes de riqueza, había que cubrir gastos excepcionales y cuantiosos para combatir la pobreza antes de que el gobierno sucumbiera a su acción disolvente. El ministro de Hacienda, Miguel Lerdo de Tejada, llegó a presentar la renuncia por no habersele aceptado medidas que, sin cambiar la ideología política, trataban de remediar la situación. Cualquier presión ejercida sobre Comonfort para que no se aceptara la salida de Lerdo resultó inútil, ante la decisión del presidente que aceptó la renuncia el 3 de enero de 1857.

4. *La penetración económica*

La república no podía avanzar al ritmo de los países industrializados, donde se creaba el imperialismo colonial que facilitaría las bases del imperialismo económico. Las actividades industriales desarrolladas en México fueron raquíticas y las viejas industrias establecidas continuaron con ritmo lento de desarrollo, en tanto que cuanto se imponía desde fuera logró un desarrollo progresivo, como sería el de los ferrocarriles y el establecimiento de las vías de comunicación. Las empresas fueron acompañadas de instituciones fundamentales crediticias, que causaron la penetración económica del país por los intereses extranjeros. También surgieron las necesidades interiores creadas por la lucha entre la Iglesia y el Estado, que se legalizaron mediante ordenamientos parciales decretados sobre temas específicos, creando así trastornos a la legislación civil general. Esas necesidades hicieron inevitable la existencia de una constitución que abrazara todos los puntos para

⁷ *Ibidem*, p. 469-73.



resolver, definitivamente, la situación caótica que se reflejaba en el informe del ministro de Hacienda el 10 de febrero de 1857, donde se decía con absoluta franqueza:

Las rentas que se recaudaban en el interior de la República por cuenta del gobierno general, eran absolutamente nominales, porque [de] la mayor parte de ellas estaban disponiendo las autoridades de los estados para cubrir sus atenciones, y el resto era insuficiente para pagar las del gobierno, en los mismos estados, y las diversas órdenes giradas sobre sus productos.

Entre los temas que tomó para su análisis algunos afectaron a la marina pues:

El valor de los vapores de guerra de propiedad del gobierno que se habían mandado vender a Inglaterra, estaba hipotecado para cubrir los 1 800 000 y 200 000 pesos que varias personas y corporaciones habían prestado sobre ellos.

Finalmente las aduanas marítimas, que constituyen la más pingüe de las rentas del erario además de las consignaciones, que de la mayor parte de sus productos están hechas por la ley para el pago de la deuda exterior y convenciones diplomáticas, tenían órdenes de pago por deudas de la última revolución y por otros diversos contratos, que ascendían a más de dos millones de pesos.

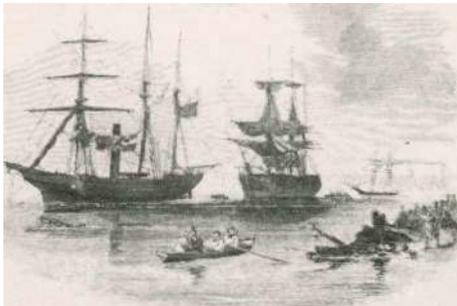
Tal era el cuadro que ofrecía la hacienda pública en los momentos en que me encargué de su despacho.

Por esos motivos el ministro trató de remediar la situación con los decretos y reglamentos mencionados arriba, decretados en el año de 1857,⁸ e insistía que en algunos puntos del litoral faltaron alimentos que se trajeron del extranjero, como la harina que se importó por Veracruz y Tampico, los víveres indispensables para la población de Coatzacoalcos y también para Yucatán.

El trasfondo jurídico y económico que se refleja en los puertos permite explicar, junto con el trasfondo político que provocó la existencia de dos gobiernos en el país (el de Juárez y el de Félix Zuloaga primero, seguido por el de Miguel Miramón), la necesidad del decreto moratorio de la deuda extranjera, después de la entrada de Juárez a la capital, cuando se planteaba la reunión del congreso constituyente y la aprobación de la Constitución de 1857.

Además, mientras Juárez podía sostenerse con las aduanas marítimas, Miramón siempre estuvo en apuros económicos que repercutieron en el sitio de Veracruz de manera desfavorable, tanto para sus partidarios como para sus tropas y éxitos militares. A fin de conseguir dinero recurrió a medidas extremas y en febrero de 1859

⁸ *Ibidem*, p. 503-7.



1860. El vapor mexicano Miramón capturado por la corbeta norteamericana Preble, anclado frente al puerto de Algiers L. A. (de una fotografía de J. H. Clarck de Nueva Orleans) y según un apunte de W. Graham (Bibl. del Congreso, Wash.).

concertó un empréstito público con la banca suiza Jecker y Co. Recibió tres millones y tres cuartos de francos en dinero a cambio de entregar bonos del Estado Mexicano, por valor de setenta y cinco millones que debían ser amortizados en determinados plazos. Cuando en noviembre de 1860 no pudo cubrir el compromiso, ni equipar las fuerzas de su ejército, Miramón mandó allanar la casa de un agente financiero inglés, protegida por el sello de la embajada británica y se incautó de seiscientos mil dólares, depositados con anterioridad por el gobierno mexicano para satisfacer las demandas de los poseedores ingleses de títulos correspondientes a un empréstito público mexicano.

5. Definición política y preparación para la última fricción

Poco después, en diciembre de 1860, Miramón fue derrotado en Calpulalpan y huyó a La Habana dejando a Juárez el terreno y también los problemas causados por la oposición de los conservadores a las leyes de Reforma. La violenta oposición le obligó a expulsar del país a quienes apoyaron el partido contrario y entre ellos al propio embajador español.

Cuando España, Francia e Inglaterra reclamaron por los cuantiosos daños que habían sufrido sus súbditos a consecuencia de la anárquica situación de México, y cuando fueron presentados para el pago los bonos de la banca Jecker, Juárez entretuvo primero a las potencias y después, repentinamente, mediante decreto, declaró sin validez todos los acuerdos anteriores con estados extranjeros. Como primera medida, suspendió por dos años los pagos y el servicio de intereses de los empréstitos extranjeros. Con la misma falta de consideración con que procedía contra los adversarios ideológicos en el interior del país, así obró frente a las potencias europeas. . . Las consecuencias no se hicieron esperar mucho tiempo. La actitud extremosa de Juárez, en esta época decisiva, fue un poderoso impulso para el drama cuyo escenario debía ser su país en los próximos siete años.⁹

Las tendencias monárquicas mexicanas se movían desde mucho antes. José María Gutiérrez Estrada escribió en 1840 su “Carta dirigida al presidente de la República”, en el sentido de que la única forma de sacar a México de la anarquía sería imponer la monarquía con un príncipe de sangre real. La reacción contra la carta fue de tal naturaleza que Gutiérrez Estrada tuvo que embarcarse hacia Europa, de donde nunca volvió. Sin embargo, Santa Anna le encargó hacer las gestiones necesarias ante las

⁹ Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, versión del alemán por Vicente Caridad, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, p. 25.



cortes europeas para el establecimiento de una monarquía en México. El príncipe se concebía como una sombra bajo cuya soberanía nominal, y basándose en el apoyo que le daría, Santa Anna seguiría gobernando sin trabas. Todo se vino abajo al caer Santa Anna en 1855; pero las intrigas continuaron en la corte de Napoleón III, enlazadas a los problemas de las deudas. Gutiérrez de Estrada, Juan Nepomuceno Almonte, José Hidalgo, Eugenia de Montijo, Luis Napoleón, todos estuvieron inmiscuidos en la gran intriga de las reclamaciones que se presentaron ante el gobierno de Juárez con el apoyo de las escuadras de España, Inglaterra y Francia.

Cuanto más cerca estaba José Hidalgo de la emperatriz francesa, mayor importancia cobraba la cuestión mexicana y el decreto de moratoria produjo la mayor irritación. El conde de Saligny rompió las relaciones con México, como lo había hecho España, y el embajador inglés Sir Charles Wyke se dispuso a tomar medidas enérgicas. Los representantes francés y español recomendaron la inmediata intervención armada. El inglés retrocedía ante la posibilidad de utilizar la fuerza en defensa de los intereses británicos y opinaba que la ocupación de algunos puertos ejercería la presión necesaria en el gobierno mexicano. Pero el británico tampoco deseaba que otra potencia interviniera sola en México y quería, por lo menos, vigilar la actuación de los otros activando el cobro de sus reclamaciones financieras.

España replicó con energía en favor de la intervención declarada y no era menor el empeño de Saligny, representante de los intereses capitalistas franceses, que recomendaba, además de la intervención, el cambio completo del sistema de gobierno en México. También se explotó el que Juárez hubiera solicitado ayuda a los Estados Unidos. Las noticias, recibidas en septiembre de 1861, relativas a los sucesos de julio, sobre la indignación de los representantes de las tres potencias y las opiniones de los emigrados mexicanos, hicieron que Hidalgo presionara a Napoleón III.

Si Inglaterra y España están dispuestas a ir allá y los intereses de Francia lo exigen, yo también tomaré parte, pero sólo enviaré la escuadra, no tropas de desembarco y si el país declara que quiere organizarse apoyado por las potencias europeas, le tenderemos la mano. Por otra parte. . . la situación de Estados Unidos es para esto muy favorable.¹⁰

La intriga comenzó con expectación y se fijaron en Maximiliano de Austria. Gutiérrez de Estrada fue encargado de hacer las “gestiones” en Viena. La corte francesa estaba decidida a poner la empresa mexicana en marcha y el embajador en México, Saligny, recomendaba cada vez más acalorado, desde abril de 1861, la intervención. El gobierno de Napoleón III se movió en Austria y se hizo la proposición a Maximiliano en Miramar.

¹⁰ *Ibidem*, p. 79.



El criterio de Napoleón no era del todo compartido por las otras naciones. Los tres representantes se reunieron en París para celebrar una convención que fijara el plan de acción común para activar el cobro de las reclamaciones que presentarían a México. Los celos existentes entre los tres países definieron el acuerdo de que la intervención armada no significaba obtener ventajas territoriales o de cualquier otra naturaleza. Además se obligaron a no influir en la situación interna del país ni en su derecho de elegir y constituir la forma de gobierno de acuerdo con sus leyes. Cada potencia nombró un delegado que presentaría las reclamaciones y haría las negociaciones.

La convención del 31 de octubre de 1861 se prestó a interpretaciones diversas: mientras Inglaterra pretendía estar alejada de los asuntos internos mexicanos, Francia entendía el derecho a gobernarse como el derecho de los conervadores y de los monárquicos. Cada país tuvo segundas intenciones y la convención se convirtió así en la base para la acción “común” de las potencias.

Los firmantes de la convención de Londres terminaron los preparativos para la expedición a México. Procedente de Cuba, el comandante general Rubalcava desembarcó con seis mil hombres en Veracruz, el 17 de diciembre de 1861, sin esperar la llegada de las escuadras inglesa y francesa, en cumplimiento de la orden fechada el 11 de septiembre, que fue revocada a destiempo. El 9 de enero llegaron los franceses con dos mil hombres de infantería de marina y unos seiscientos zuavos y soldados del ejército. Los ingleses desembarcaron ochocientos hombres de tropa de marina como para demostrar sus recelos ante la convención firmada en Londres.

Al tiempo que los franceses, llegó a Veracruz el comandante en jefe del ejército español, general Juan Prim, conde de Reus, casado con una mexicana hija de Francisco Agüero residente en México, casado con la hermana del ministro de Hacienda en 1862, don José González Echeverría.

Sus ambiciones y la popularidad alcanzada por él en España causaron que el gobierno lo mandara a México para alejarlo de la política española. El comandante de la expedición francesa y primer delegado de Francia fue Jean Pierre Edmond Jurien de la Gravière, instruido por el ministro de Relaciones, Thouvenel. Le ordenaron que debía ocupar, en unión de las demás potencias, importantes puntos de la costa y, si no obtuviera una rápida respuesta del gobierno mexicano, se le autorizaba una extensión de la acción llegando, si fuera necesario, a ocupar México. A pesar de la postura general de no intervenir en asuntos internos, se le recomendaba apoyar la parte sana de la población mexicana, si ésta deseaba un gobierno fuerte y estable. Hubo también instrucciones secretas de Napoleón al almirante Jurien como jefe supremo del ejército, que se entendería con el partido monárquico que debía sublevarse a la entrada de las tropas.

Mientras los comandantes español y francés estaban autorizados a penetrar en México, no sucedía lo mismo con el inglés, quien lo tenía expresamente prohibido, explicándose al almirante Dunlop la necesidad de evitar enfrentamientos con los



estados nortños de los Estados Unidos, en esos momentos en guerra civil, por las consecuencias que pudiera haber en el Canadá. Desde la firma de la convención de Londres, el norte estadounidense había logrado éxitos sobre los ejércitos del sur y la situación había cambiado. Para España también hubo cambios, pues los proyectos españoles para la monarquía mexicana se oponían a los deseos de Napoleón III.

En un ambiente de desconfianza entre las tres naciones, Napoleón supo del desembarco avanzado de los españoles en México y decidió el envío del general de brigada Lorencez con cuatro mil quinientos hombres más, con el fin de igualar el cuerpo expedicionario francés al español. “La emperatriz está furiosa contra los españoles y dice que en último caso Francia se encargará sola de la empresa”, comentó el embajador Metternich en comunicación a su ministro Rechberg.¹¹

Llegados a México los tres delegados de las fuerzas invasoras lanzaron una proclama aseverando que no venían como enemigos sino en ayuda del resurgimiento del país y para sacarlo de la anarquía y de la constante guerra civil. Pero, además en la reunión que entre ellos tuvieron se destacaron las exigencias de Saligny, opuesto a un avenimiento con las autoridades mexicanas, quien trataba de presentar un ultimátum inaceptable con el fin de abrir las hostilidades con México. En las peticiones estaba una cuenta por daños y perjuicios que llegaban a doce millones de pesos; más los bonos Jecker; más indemnizaciones indeterminadas por una miscelánea de males y el derecho de participar presencialmente, o por representación, en todo proceso criminal que implicara a los residentes franceses; más el derecho de ocupar Tampico y Veracruz en garantía de cumplimiento de las condiciones impuestas; más el derecho de recaudar los impuestos aduanales y de rebajar la tarifa a su mitad, con la inhibición impuesta al gobierno mexicano de aumentar sus propias percepciones para compensar la pérdida de sus rentas. Las condiciones fueron tan inadmisibles para el gobierno mexicano como para los comisionados inglés y español, que protestaron al unísono, sobre todo por el negocio de los bonos Jecker y consideraron que las peticiones francesas eran suficientes para justificar romper toda relación con los comisionados, anteponiendo las consecuencias de la guerra a la ignominia de conformarse a las pretensiones.

6. *El desacuerdo de los comisariados franceses*

El estorbo causado por Saligny fue grave, pues planteó el problema no definido en las instrucciones de si las peticiones tenían que ser apoyadas respectivamente o no, y ello significaba una larga espera para la contestación. Al surgir este problema la

¹¹ *Ibidem*, p. 103.



intervención tenía siete días de vida. El general Prim había planteado una imagen inclinada a la amistad de la misión tripartita con el gobierno mexicano. El clima dificultaba las cosas, faltaban transportes para poder mover el ejército y, encima, estaba la dificultad de la inflexibilidad del enviado francés relativa al crédito Jecker. Todo ello se conjuró para cambiar la agresión por la negociación y para que los expedicionarios no pudieran sobrepasar los límites de la convención de Londres.

Prim decidió su posición al saber que el almirante Jurien tenía órdenes terminantes de su gobierno en el sentido de intervenir, con toda la influencia de Francia, en favor de una monarquía en pro del archiduque Maximiliano.

Mi firme propósito de aprovechar cuantas ocasiones se me presenten de neutralizar las gestiones que practiquen los representantes de Francia. . . y más bien que pasar por la vergüenza de que una nación en que ejercimos dominio durante tres siglos, . . . venga a ser regida por un príncipe extranjero, trabajaré porque conserven los mexicanos sus instituciones republicanas, si bien con las reformas indispensables al establecimiento de un poder fuerte y duradero.¹²

En éstas estaban cuando llegó la noticia de la llegada de Miramón el 25 de enero, cuando los comisionados británicos avisaron a sus colegas que Miramón estaba por llegar a Veracruz y anunciaron su determinación de impedir la llegada de una persona que insultó a la Gran Bretaña con el saqueo de su legación. La discusión fue violenta y Prim se esforzó por apaciguarla. La misma tarde llegó el paquebot; el comandante Dunlop lo abordó, arrestó a Miramón y lo trasladó a una fragata británica.¹³

Los escritos de Prim al gobierno mexicano fueron contestados con evasivas y Zamacona llegó ofreciendo negociar y con una invitación muy diplomática en la mano para que los aliados se reunieran con los comisionados mexicanos en la altiplanicie, escoltados por dos mil hombres, a condición de reembarcar de inmediato a todos los demás. A pesar de la indignación del almirante francés que pretendía ocupar las plazas indicadas, tuvo que aceptar la oferta de negociar por su falta de medios de transporte. Todos estaban de acuerdo sobre la necesidad de evacuar la costa después de tres semanas de estancia en el puerto, abandonado astutamente por el gobierno. Y el 25 de enero de 1862 el gobierno lanzó su famoso bando, poniendo fuera de la ley a los aliados y condenado a muerte a quienes colaboraran con ellos.

El invierno de 1862 era anormal: los tónicos nortes dejaron de soplar, y los meses benignos resultaron tan malos como los peores en Veracruz. A principios de febrero tenían los franceses trescientos internados en el hospital, Prim había

12 R. Roeder, *Juárez y su México*, t. II, p. 479.

13 *Ibidem*, p. 479-80.



embarcado a ochocientos de los suyos a La Habana, y los días sin vientos aplomaron con la amenaza furtiva de la mortandad las deliberaciones de los comisionados aliados. Se despachó una nota a la capital, anunciando su intención de acantonarse en la altiplanicie para mediados del mes, con o sin el consentimiento del gobierno, y el 8 de febrero estando a punto de expedir otra nota del mismo tenor, recibieron la respuesta de Doblado, que propuso una conferencia para discutir las condiciones del avance. Se concertó cita y diez días más tarde Prim y Doblado conferenciaron a solas en la aldea de la Soledad. Allí, cara a cara, en una casita abandonada, se tantearon mutuamente desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, el contacto personal contribuyó no poco al arreglo que concertaron.¹⁴

Prim se comprometió a respetar la integridad de la república; se habló de la devolución de las aduanas; hubo alusión sobre las fortificaciones de los desfiladeros de la Sierra. Los preliminares de la Soledad fueron importantes para la intervención. Los aliados podían ocupar tres ciudades de la altiplanicie siempre y cuando, si fracasaran las negociaciones, volvieran a retroceder a la costa antes de empezar las hostilidades. Por el otro lado, los aliados aceptaron que sustituirían las operaciones militares por las negociaciones diplomáticas y con ello el gobierno fue reconocido de hecho, si bien no de derecho, lo que fue resultado de la habilidad de Doblado que al hacerles admitir el convenio les obligaba a reconocer el gobierno.

A las dos de la mañana Prim entregó a Doblado el convenio firmado por sus colegas y Saligny tuvo que ceder, a pesar de sus protestas, insistido por los demás. La aduana fue devuelta y reflajaba de nuevo la crisis que pasaba el país, agravada por la ocupación. El propio Prim comentó que aquella aduana producía millones y que se había creído que, al tomarla, cualquier país podía cobrarse; pero ello no correspondía a la realidad, pues había sucedido todo lo contrario,

es decir, que la aduana en dos meses que estamos aquí no solamente no ha producido un peso, sino que a esta fecha me cuesta ocho mil duros, que la caja del ejército español ha adelantado para pagar a los empleados. Y ¿en qué consiste, pregunta usted? *Parbleu, e t tres simple: en empêchant de faire le commerce dans l'intérieur.* El mismo día que llegaron los españoles, las autoridades mexicanas dieron órdenes de suspender el comercio, ¡y se acabó! Los comerciantes han recibido cargamentos, pero como no han podido mandar al interior, al quererles hacer pagar los derechos, han contestado que no tenían dinero, que no había medio.¹⁵

¹⁴ *Ibidem*, p. 482.

¹⁵ *Ibidem*, p. 484.



Star of India (1863). Buque mercante, que navegó durante la mayor parte del siglo XIX. Puerto de San Diego, Cal. Fot. C. B. G.

7. Retiro de españoles e ingleses y la intervención de Francia

Los intereses británicos y españoles habían hecho a un lado el problema político y tuvieron que alejarse de las órdenes de sus gobiernos en virtud de que el juarista se creía capaz de pacificar el país y consolidar la administración. Además se había mostrado animado por el deseo patente de satisfacer las reclamaciones extranjeras. Por ello, España e Inglaterra no se consideraban con el derecho de rechazar al gobierno mexicano, auxiliando al partido que le era contrario y que consideraban casi aniquilado. Por otra parte no creían posible establecer una monarquía, como lo pensaba el comisionado francés, quien habría de reconocer su error.

El comisionado inglés coincidía con Prim y expresaba no tener duda de que el gobierno representado por Juárez y Doblado

ofrece la mejor imagen de la opinión pública que se puede hallar en este desventurado país. A Juárez se le respeta todavía, como la personificación de un principio que el Partido Liberal luchó por tres años para mantener.¹⁶

Pero los franceses emprendieron la marcha tierra adentro el 25 de febrero, sin esperar la ratificación formal del convenio que llegó al día siguiente de haber partido hacia Tehuacán.

Las relaciones entre los comisionados fueron cada vez peores debido a la personalidad del francés Saligny, enfrentado con el español y el inglés al mantener no haber firmado el convenio de la Soledad. Al reclamársele, acudió al uso de subterfugios:

Es verdad que en la conferencia convinimos en dar la alocución al país, y en que se imprimiera y publicara, autorizándola con nuestra firma; pero el materialismo de firmar el borrador que queda del acto, no lo hicimos: esto es lo que he querido decir sin decirlo. A eso me contenté con replicar, pálido y convulso de ira: Señor conde, no le contesto a usted porque mi contestación sería demasiado dura, estando en mi casa. Salido Saligny, no se dispó el hedor.¹⁷

La marcha de los franceses principió con grandes dificultades, de acuerdo con el relato de uno de los oficiales que iban en la expedición.

En el momento de emprender la marcha, apreció mejor el almirante las dificultades que, sin duda, le hubiese sido imposible vencer si en vez de avanzar

¹⁶ *Ibidem*, p. 486.

¹⁷ *Ibidem*, p. 490.



pacíficamente, hubiese tenido que combatir . El problema de los trasportes estaba todavía sin resolución. A fuerza de recomponer dos carros viejos, abandonados en las goteras de la plaza, de pedir otros a La Habana, y de reclutar aperadores, el cuartel maestro había logrado reunir un pequeño e inadecuado convoy de once carreta de cuatro ruedas, treinta y dos de dos, y tres ambulancias, capaces de transportar las provisiones de tres mil doscientos hombres, sin cargar el forraje de mil cien mulas. . .

Llevando seis semanas de estancia en un campamento insalubre, y cargando provisione para cuatro días, apenas si los hombres lograron mantenerse en pie. La marcha se inició a las seis de la mañana y para mediodía ya habían perdido los comandantes a la cabeza de la columna las dos terceras partes de sus contingentes. El almirante, regresando a galope en pos de agua potable, se conmovió profundamente al ver a las tropas más afamadas del imperio arrastrándose, sudorosos y desvernados, a lo largo del camino; las mulas, asobinándose bajo sus cargamentos, lo delimitaban como otras tantas piedras militares. Al caer la noche, los zagueros alcanzaron el campamento, a pie o a pata; pero tan ardua resultó la experiencia que se hizo alto durante dos días en la Soledad y se rindió tributo mudo a la diplomacia de Prim y Doblado. 'La historia de la expedición mexicana', declaró el mismo oficial, 'no nos ofrece ningún episodio comparable a estas primeras etapas. Ochenta enfermos y doscientos desvalidos permanecieron en la Soledad, y en cuatro días la columna no había cubierto más que ocho leguas. ¿Qué hubiera pasado si el enemigo hubiera tomado el partido de impedirnos el paso, y si las guerrillas hubieran atacado a los pobres soldados, agotados por la fiebre y la fatiga?' Extremándose para alcanzar los límites de la tierra caliente, la columna se acercó a la sierra en el ocaso del sexto día.¹⁸

La disensión entre los france es, reforzada por la llegada de Lorencez era evidente y Prim se dio cuenta, lo mismo que el inglés Wyke, de las consecuencias que tendría la actitud francesa cuando exclamó:

pienso que el emperador de los franceses está muy lejos de querer lo que los comisarios están haciendo; estos señores le están comprometiendo y le comprometerán más y más, hasta un punto que, cuando quiera retirarse de la descabellada empresa, no podrá porque estará empeñado el lustre de sus águilas, y hasta el prestigio y el honor del imperio. . . No lo comprendo, y la frialdad del lenguaje de Saligny me desespera.¹⁹

18 *Ibidem*, p. 492-8.

19 *Ibidem*, p. 497-8.



En 1861 las fuerzas combinadas no alcanzaron a los diez mil hombres de los cuales los franceses representaban seis mil y, todavía, Prim trató de suavizar las cosas visitando a Lorencez, cuando la ruptura entre los comisionados parecía inevitable. Sólo consiguió que antes de tomarse determinaciones se esperara a la conferencia del 15 de abril con los representantes mexicanos.

El nueve de abril, en Orizaba, se protocolizó la disolución de la asociación de los aliados y se causó la ruptura entre ellos por las opiniones opuestas y la decisión absoluta de los franceses de iniciar la marcha sobre la capital, entendiéndose para ello con los conservadores.

La intervención tripartita terminó el 9 de abril y así se notificó al gobierno de México. Los franceses se retirarían a la tierra baja para iniciar las operaciones militares después de que las fuerzas españolas hubieran evacuado el territorio, lo que se calculaba ocurriría el 20 y los comisionados tomaron sus caminos diferentes.

Sir Charles Wyke correspondió todavía a la invitación de Doblado para hablar de las reclamaciones británicas y firmó un convenio que arrancó el triunfo del fracaso además del reconocimiento del gobierno y, como Doblado tuvo facultades para celebrar tratados, sólo quedó pendiente la ratificación del presidente Juárez. El convenio aplazaba en realidad indefinidamente la ejecución de las promesas, pues iba a depender de un préstamo americano, en proyecto, y la ruptura de la triple alianza había facilitado a los ingleses la libertad de poder negociar en favor de sus intereses. Más tarde el ministro lord Russell abandonó el botín.²⁰ Por supuesto, los franceses protestaron contra todo cuanto significara obligaciones de México para el futuro. Y Juárez también desaprobó el convenio, quedando Wyke con las manos vacías.

Prim consideró que el único camino abierto era la salida del territorio y así lo siguió hasta el fin, pues se negó a negociar con Doblado en virtud de que para él los desagravios eran un pretexto subordinado a otros intereses. Su única preocupación fue escapar con dignidad de una situación falsa y ello atrajo la gratitud de México, alterando la animadversión hasta entonces existente contra los españoles. Sin embargo la decisión de Prim produjo molestias e incluso críticas contrarias a su actuación. Entre sus oponentes, el capitán general de Cuba, Serrano, lo amenazó con que su conducta levantaría la indignación de la reina y provocaría la caída del gobierno de O'Donnell. En función de ello procuró convencerlo para continuar acompañando a los franceses en su camino hacia la ciudad de México. Incluso le negó los trasportes necesarios para retirar la tropa y lo obligó a embarcar los batallones en buques británicos. Prim actuó según sus convicciones más profundas y, teniendo en cuenta las circunstancias, salvó la dignidad con un gesto de caballero.

Por demás resulta interesante la información que se desprende de la correspon-

²⁰ *Ibidem*, p. 501.



dencia del cónsul honorario de Alemania Hugo Finck al respecto de la ocupación francesa, publicada con prólogo de Juan A. Ortega Medina, que corrobora estos hechos.²¹

8. *La caminata a la capital*

El convenio preveía que, al fracasar las negociaciones, las fuerzas tendrían que retirarse hasta sus posiciones originales. Los hospitales permanecerían en territorio mexicano bajo la protección de su gobierno. Malos entendidos, en cuanto al traslado de enfermos de un hospital a otro, hicieron pensar a Lorencez que los enfermos de Orizaba eran rehenes abandonados, por imprudencia, en manos del enemigo y que estaban en peligro inminente. El 19 de abril la columna francesa regresó hacia Orizaba, chocando con una partida de la caballería mexicana que así se enteró de la violación francesa del convenio. Ahí comenzó en la mañana del 20 de abril la ocupación de México, en la ciudad de Orizaba, evacuada por el general Zaragoza, que tomó posiciones en la serranía circundante. El mundo entero estuvo pendiente de los sucesos desde la ocupación de Veracruz y la prensa analizó los propósitos declarados del aliado de manera que se pudo adaptar la defensa del país a las contingencias de la coalición predatoria.

Las palabras del representante mexicano en Francia, De la Fuente, dirigidas a Thouvenel antes de su salida, fueron un oráculo y sacudieron a la opinión pública al sembrar la duda de lo que pudiera ocurrir en el futuro:

‘México —le dijo— podrá ser conquistada, pero no sometida, ni se le conquistará sin que dé pruebas antes del valor y de las virtudes que se le niegan. México, después de haber sacudido el poder secular y hondamente arraigado de la España; México, que no quiso por rey a su mismo libertador; México en suma, que acaba de alzarse victorioso de una revolución terrible contra los restos de la oligarquía que pesaba sobre su democracia, a ningún precio aceptará la monarquía extranjera. Crearla será muy difícil; pero sostenerla lo será más todavía. Tal empresa será ruinosa y terrible para nosotros, pero lo será también para sus promovedores. México es débil, sin duda, comparado con las potencias que invaden su territorio, pero tiene la conciencia de sus derechos ultrajados, el patriotismo que multiplicará sus esfuerzos, y la profunda convicción de que, sosteniendo con honor esta lucha peligrosa, podrá preservar al hermoso continente de Colón del cataclismo que lo amenaza. Protesto, pues, altamente, señor ministro, en nombre de mi gobierno, que todos los males que resulten de esta

21 Juan Antonio Ortega Medina, “La correspondencia de Hugo Finck, 1862”, Facultad de Filosofía y Letras, *Anuario de Historia*, UNAM, año IX, 1977, p. 267-90.



guerra injustificable, y los que causen directa o indirectamente la acción de las tropas y de los agentes de Francia, serán exclusivamente de la responsabilidad de su gobierno. Por lo demás, México no tiene qué temer, si la Providencia protege los derechos de un pueblo que los defiende con dignidad'.²²

¡Así fue! y se irguió Zaragoza a pesar de la sensación causada por la ocupación de Veracruz, después de haber reunido con dificultad una fuerza de cinco mil hombres para recibir el primer empujón francés. Obligado por la violación del armisticio abandonó su primera línea de defensa al pie de la sierra y buscó la manera de dominar el camino de Puebla para enfrentarse con los franceses, ayudados por las fuerzas de Márquez que acudía con dos mil hombres para apoyar a los invasores. Ocho días se preparó la marcha en Orizaba. Lorencez estaba convencido de que "tan superiores somos a los mexicanos en raza, en organización, en disciplina, en moralidad y en elevación de sentimientos, que suplico a V.E. que tenga la bondad de decir al emperador que, a la cabeza de seis mil soldados, yo soy el dueño de México". El 27 de abril los franceses salieron de Orizaba y en un día alcanzaron las cumbres de Acultzingo, límite de la altiplanicie, donde tuvieron el primer encuentro con Zaragoza, al emprender el ascenso. En hora y media entraron en acción catorce compañías y la lucha duró tres horas. Los mexicanos salieron en retirada habiéndose superado para Francia el más elevado obstáculo del camino, que se reanudó sin lograr informes sobre los movimientos enemigos. De pueblo en pueblo, desavecindados todos, llegaron hasta Amozoc, donde supieron que Zaragoza se había fortificado en Puebla, y se celebró el consejo de guerra el 4 de mayo para preparar el ataque a la ciudad.

9. La intriga continuó en Europa

La gran intriga de las cortes europeas marchó paralela a los acontecimientos que tenían lugar en suelo mexicano, con motivo de la alianza tripartita y la ocupación francesa. De nada sirvió el fracaso de los preliminares de la Soledad y tampoco la retirada de ingleses y españoles de Veracruz. Los conservadores mexicanos y Napoleón siguieron incitando a Maximiliano para que se hiciera cargo de la corona. Por inercia natural Maximiliano de Austria estuvo en contacto con todos cuantos lo empujaban a la aventura y no escuchó los prudentes consejos de su hermano o la actitud de la corte austriaca.

La retirada de los aliados sembró alguna duda en el espíritu de Maximiliano a pesar de las seguridades dadas por Napoleón y por la emperatriz Eugenia, cuando las tropas estaban en Puebla, pues:

²² R. Roeder, *op. cit.*, t. II, p. 519.



desde que nuestra acción fue liberada de trabas, el país se siente lo suficientemente seguro para expresar sus deseos y toda la gente se agrupa alrededor de Almonte, el desterrado de ayer, el dictador de hoy en aquellas provincias por las que pasaron en rápida marcha nuestras fuerzas. El próximo correo nos traerá probablemente la noticia de la llegada a México, el emperador comunica, sin duda, los mismos detalles al archiduque. Por desgracia al principio se han cometido muchas faltas; pero yo nunca he dudado el éxito de la empresa.²³

Sin embargo la derrota de los franceses en Puebla produjo consternación en la corte francesa y el 14 de julio se enviaron refuerzos y dinero en vista de la crítica situación; mismos que, además de aumentar el cuerpo expedicionario a veintiocho mil hombres, fueron encabezados por el general Forey nombrado en julio de 1862 para hacerse cargo de las operaciones y de la empresa política. Bajo su mando quedó el propio Saligny, pues las intrigas francesas llevadas a cabo para la invasión habían saturado la paciencia del emperador. Tenía el encargo de que, si los mexicanos deseaban una monarquía, se anunciaría que Maximiliano era el candidato del francés. Pero había que esperar la llegada de Forey a México y la batalla de Puebla había puesto al emperador francés en un predicamento frente a su propio candidato Maximiliano. Un periodo de silencio sobrevino; hasta el archiduque temía el olvido, y que todo fracara. Llegó a sus oídos el rumor de que Juárez proponía una transacción al emperador francés y de que éste se disponía a reconocer a los estados del sur de los Estados Unidos para negociar e incorporar a la naciente “Unión” de los estados del sur una parte del territorio mexicano, contra el pago a Francia de una considerable indemnización de guerra.

El futuro lejano se delineaba por opiniones de particulares, como las del primer maquinista y de un oficial de marina del paquebote que unía el puerto de Veracruz con St. Nazaire, quienes mostraron su certidumbre en cuanto a que “la expedición a México será una aventura desgraciada de consecuencias imprevisibles e incalculables, incluso después de la toma de la capital”.²⁴

10. La llegada de Forey a Veracruz y la segunda columna invasora

Forey llegó con sus tropas a Veracruz el 25 de septiembre de 1862, después de una travesía borrascosa en la que se averió seriamente uno de los trasportes de caballos. El desembarco se hizo con toda parsimonia; después atendería sin prisa los problemas

²³ Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 137.

²⁴ *Ibidem*, p. 144.

militares planteados. En lo político procedió de inmediato colocando bajo su autoridad a Saligny y a Almonte. Dos proclamas aseguraron al pueblo mexicano que el emperador no le hacía la guerra, sino que la dirigía al gobierno. Inmediatamente declaró disuelto el gobierno de Almonte obligándolo a deponer el título de “jefe supremo de la nación”. También Santa Anna estaba al acecho, enfrentado con Almonte y ambos en persecución del poder supremo del país.

El desembarco de las tropas se terminó a mediados de noviembre cuando Forey llegó a Orizaba de donde no salió, haciéndose traer todas las provisiones necesarias por mar, a pesar de las presiones de Saligny y de Almonte, sus enemigos declarados.

La prudencia de Forey se aprovechó para volver a fortificar la ciudad de Puebla y Juárez presentó la guerra como una lucha nacional en contra de invasores extranjeros donde peligraba la libertad, la humanidad y la causa de la civilización. Nombró militares, preparó al ejército, consideró traidores a la patria a cuantos se unieron a Almonte, y con sus leyes draconianas, levantó a la nación. En consecuencia, al recorrerse el tramo de Veracruz a Orizaba, los soldados rezagados de Forey fueron atacados y sufrieron bajas, pues de mil ochocientos hombres de un regimiento habían llegado novecientos y los escuadrones de caballería estaban diezmados. Encima dejaba atrás frente a Veracruz la escuadra averiada debido al mal tiempo. Trece naves zozobraron y las anclas de las demás garrearón, hombres muertos y barricadas eran sacadas por el mar hacia las playas, donde eran recogidos por los franceses. Bazaine, entonces segundo en el mando, hubo de acometer además una operación de limpieza de muertos y enfermos, remanentes de la estancia de los ingleses; se enviaron seis mil hombres hasta Jalapa y al día siguiente comenzó el desembarco de las tropas, todavía internadas en los trasportes. Todo iba bien. Los hombres saltaron al agua lo mismo que sus caballos, y alcanzaron las playas durante la mañana, pero en la tarde sobrevino el temporal y el huracán sacudió la región. Al alborear, el capitán Blanchot subió a una azotea para contemplar el espectáculo de la furia marina:



Llegada de las fuerzas de Forey a Veracruz y su desembarco en noviembre de 1862, según el capitán Blanchot. Óleo sobre tela del autor.

La faz de la tierra se esfumaba, ya no se percibía la costa, no más montañas azules, no más vertientes verdes. Un gigantesco velo amarillo remontándose al cielo, un inmenso nublón de arena, los bajos de mar fluctuando y desintegrándose con la tensión del ciclón, el mar sin superficie ni horizonte, un vapor general de espuma blanca precipitada como una bruma por el viento.

La fortaleza apenas se distinguía entre la furia del mar. En alta mar un buque de guerra quedó montado en las rocas.

Se desliaban los mástiles, el casco fantasma, corveteando sobre los e polones, parecía a punto de brincar el arrecife con cada resaca; pero recaía siempre,



revelando el lívido flujo celíaco de sus obras vivas rascando el mar exangüe. A su lado espiraban dos goletas, y más allá, en la bruma, se adivinaba una sombría masa de buques que garreaban sus anclas, virando pesadamente, proas al viento y espurriando a popa una vaga vaharada de humo: 'y ese vaporoso vistazo lejano le encogía a uno el corazón, al pensar que la ruptura de uno de esos cables llevaría consigo la muerte de mil hombres'.

... Se hicieron esfuerzos sobrehumanos para lanzar un cable al buque encallado, pero el espacio engulló a los invasores, y la obra de salvamento se redujo finalmente a la preparación de puestos de socorro para los que la merced del mar vomitara con vida. ... el día terminó como empezó con esfuerzos tesoneros para organizarse contra el huracán. Al caer la noche, ocho buques se habían hundido y, penetrando la resaca insordecedora, se oyeron los cañones del naufragio en la lejanía meridional. La lenta agonía alargó la noche; pero la madrugada concedió a los trasnochados un respiro. El mar había rebajado lo bastante para alcanzar el buque de guerra con una soga de salvamento y desembarcar a la tripulación. A la avería general se sumaron cinco buques mercantes: en total trece naufragios. Los bajeles de transporte habían sobrevivido al temporal, y se volvió rápidamente a desembarcar a los hombres, ya que otros contingentes estaban por llegar.²⁵

Aportar en Veracruz en esas condiciones no era tarea sencilla para los capitanes. Al día siguiente volvió el temporal.

... una vez más la telaraña de agua y viento embrolló las densas masas de bajeles en resacas de movimiento espectral; y una vez más había que aparentar las tentativas de rescate. Directamente desde el norte vino volando un gran bergantín británico, barloventeando en busca del puerto; dos veces erró la bocana, y la tercera vez dobló el rompeolas y voló bajo un retazo de vela hacia el castillo, y lo eludió, y ganó la lúca del muelle y echó el ancla y allá mismo rompió el cable, y afundó a la vista de la multitud en la playa a tiro de cañón del salvamento. Se estiró la barra por disparar un cable de socorro; pero el mortero estalló, cortando el cable, y el día trascurrió ante el espectáculo del capitán izando a su mujer hasta el mástil, y de los marineros asiéndose a los obenques, y en calcular las horas que pudieran darse cabezadas los caedizos envueltos en la bandera. La bandera y la falda siguieron aleteando todo el día; entonces cayó la noche sobre el remolino de resacas subiendo de abajo. En la mañana el sol esponjó los estragos y se extendió otro respiro sobre las olas amarillentas.²⁶

25 R. Roeder, *op. cit.*, p. 555-6.

26 *Ibidem*, p. 556.



La expedición se había convertido en motivo de preocupación para Napoleón, que sólo podría confiar en ella cuando sus tropas llegaran a la ciudad de México. Por otra parte Maximiliano, a pesar de seguir firme con referencia al trono mexicano, no deseaba causar trastornos en caso de que los planes del emperador francés cambiaran debido a la nueva situación. Pero Maximiliano rechazó sin embargo una posible candidatura al trono de Grecia y se prestó a recibir las influencias de Hidalgo, de Gutiérrez de Estrada y de Almonte.

Las avanzadas de Forey se movieron hacia Puebla en marzo y renacieron las esperanzas en las cortes europeas. Santa Anna se ofrecía para embarcarse pretendiendo preparar, en México, el llamamiento de la nación que Fernando Maximiliano deseaba para poder partir. Pero seguían los conservadores asediando Miramar; nuevas figuras aparecían; D. Francisco de Paula de Arrangoiz y Kint von Roodenbeck, acabado de llegar de México, entre ellos.

Forey llegaba a avistar Puebla y el 19 de marzo empezó el sitio de la ciudad, defendida por dieciocho mil juaristas a las órdenes del general Ortega. Puebla se rindió y el 19 de mayo de 1863 estaba en manos de los franceses, después de un sitio de sesenta y dos días y de haber caído prisioneros doce mil hombres, entre ellos quinientos oficiales y veinticinco generales.

Juárez manifestó la voluntad férrea de continuar la lucha hasta el último extremo, aun cuando no podía defender la capital, y la guerra tuvo que continuar siendo de guerrillas. El gobierno juarista abandonó la ciudad y se estableció en San Luis Potosí mientras Bazaine entraba en la capital el 7 de junio de 1863 a la cabeza del ejército francés.

La corte francesa se volcó en manifestaciones y regocijo por la toma de Puebla. Maximiliano pensó que los éxitos obtenidos por el ejército francés serían motivo para que Napoleón obtuviera los mejores frutos para Francia, en virtud de lo profundo de la intervención y de las circunstancias de la propia política europea. Lejos de sacar las conclusiones lógicas se preocupó de que Napoleón pudiera retirarse de la empresa mexicana. Las nuevas noticias sobre la llegada a la ciudad de México animaron a Napoleón para ordenar que se formara un gobierno mexicano provisional en el que figurara Almonte, y que se consultara a la nación para dar la impresión de una aparente libertad en la elección, con el fin de que, a toda costa, fraguaran los planes tramados y determinados en París, o sea, la monarquía y Maximiliano como emperador.

Forey, presionado y mal político, se dejó manejar por Almonte y tomó medidas enérgicas: se formó una junta y ésta nombró una regencia provisional; se esperaba además que la asamblea nacional, convocada dentro de cinco días, se declararía por la monarquía y por el archiduque, lo que Almonte comunicaría a Napoleón por el paquebote de St. Nazaire. Almonte abogó por sus amigos: Bazaine y Saligny. Al primero pedía que le hiciera general en jefe del ejército y al segundo director



exclusivo de la política. A Maximiliano anunciaba que para fin de agosto iría una comisión a ofrecerle la corona y, en esa forma, esperaba que pudiera partir hacia México a fin de octubre o a principio de noviembre.

Por su parte, Juárez se consideraba el único presidente legal y protestó con insistencia, poniendo en jaque a cuantos formaran las dos juntas, desautorizadas para determinar la forma de gobierno que se diera al país. Consideraba que no existía la monarquía que apoyaban quienes estaban fuera de la ley. A mediados de agosto decretó que los bienes de los mexicanos colaboracionistas serían incautados en favor del tesoro de la república.

En cambio, las juntas nombradas en la capital se consideraban representantes de toda la nación, cuando sólo tenían en mano el camino de Veracruz a la capital. A pesar de ello, el 12 de junio enviaron una carta al archiduque Fernando Maximiliano, invitándolo a aceptar la corona. La regencia nombró una comisión presidida por Gutiérrez de Estrada e incluyendo a Hidalgo para que entregara la invitación.

A punto de escribir a vuestra alteza imperial, recibo la noticia de su proclamación —rezaba el telegrama de Napoleón a Maximiliano— como emperador en la ciudad de México. Me siento feliz por este primer resultado, espero que pronto todo México seguirá el ejemplo de la capital y que llamará a vuestra alteza imperial a reinar en él. La emperatriz une sus felicitaciones a las mías.²⁷

A pesar del entusiasmo que crecía cada día en Maximiliano y también en Napoleón, debe considerarse que ninguno de ellos recibió el apoyo de las potencias europeas y menos aun de los Estados Unidos, de donde se pensaba que partiría la principal oposición a la monarquía mexicana. Ni siquiera el hermano de Maximiliano, el emperador de Austria, abandonó la actitud pasiva de su gobierno en cuanto al proyecto napoleónico. El gobierno imperial austriaco tampoco reconoció la comisión que debía llegar a expresar los deseos de la “nación” mexicana.

Tanto Almonte como Gutiérrez de Estrada incitaron a Maximiliano para que emprendiera el viaje, y evitaban que otros emigrados mexicanos se acercaran a Miramar. Las intrigas que se arrastraron en México motivaron que el general Forey fuera sustituido por Aquiles Bazaine en el mando de las fuerzas expedicionarias. Por lo mismo, el diplomático Saligny fue llamado a regresar a Francia, a pesar de que estaba a punto de casarse con un “buen partido” en México.

De Bazaine, a la cabeza del cuerpo expedicionario, esperaba Napoleón una enérgica y rápida pacificación militar del país y una dirección política más liberal; pero Francia deseaba, y esto lo recordaba el ministro de Relaciones Exteriores al general, que la ocupación mexicana fuera corta. Deseaba un control sobre la

²⁷ Egon Caesar Conte Corti, *op. cit.*, p. 177.



hacienda del Estado para, ante todo, cobrar su reclamación y sus gastos, y de paso obtener las ventajas económicas posibles. Entre ellas el interés francés de explotar las famosas minas del estado de Sonora.

Napoleón, directamente, había exteriorizado a Bazaine el deseo de no volver a tratar el tema de los bienes de la Iglesia y sus nuevos dueños. Así ganó la animadversión de las fuerzas eclesiásticas, quienes llegaron a excomulgar a las tropas francesas, y a cerrarles los domingos las puertas de la catedral. De las rencillas de los partidos y de los engaños de los conservadores, Napoleón llegó a ser consciente, pero debía liquidar la cuestión y esperaba que a la llegada del archiduque las cosas se arreglarían. Pensaba en que poco a poco podría retirar tropas y dejar un pequeño núcleo, al cual se unirían las monárquicas que aliviarían la carga del ejército francés. La garantía del imperio debía encontrarse en la opinión y en la voluntad del pueblo, que Maximiliano creía insuficiente.

Bazaine seguía su campaña. El avance de los franceses permitió que se multiplicaran las adhesiones al monarca pero, de hecho, no se pudo hablar de la derrota de las fuerzas juaristas, que aparecían en cuanto el ejército francés se movía, para ocupar las zonas dejadas atrás. El ejército de Bazaine no podía ocupar y mantener el territorio de su lado. Mientras tanto, en Europa, se llegaba al convencimiento de que ni Inglaterra ni España ni tampoco la propia Austria apoyaría al imperio mexicano y menos darían seguridades para su existencia, o protección frente a los Estados Unidos, donde el norte se imponía y defendía los principios republicanos. El único apoyo posible sería el francés, cuyas tropas abandonarían México poco a poco y a medida que se organizaran las fuerzas mexicanas y extranjeras. Aún de pués de haber evacuado México, dejarían la legión extranjera compuesta por seis mil hombres para permanecer en el país seis u ocho años, con el fin de lograr la estabilidad del gobierno. Quizá tan funesto para Maximiliano como el apoyo francés, fue la forma equívoca e intencionada en que los conservadores mexicanos informaron al monarca de la situación interna irreal mexicana. Nunca supo a ciencia cierta cuál era la realidad y contó con una visión imaginaria, urdida por reaccionarios nacionales en combinación con los exiliados en Europa.

11. Las campañas en el interior

Las tropas francesas consiguieron defender el territorio con la ayuda de los generales Mejía, Miramón y Márquez, formando un gran arco al este y al norte de la capital, mientras el presidente Juárez se movía de un pueblo a otro. Aunque muchos de sus jefes mostraron poca lealtad, otros permanecieron inquebrantablemente fieles y la población lo siguió, sin condición, dondequiera que los franceses no los alcanzaban. Además, contaba con el apoyo moral y material, de manera secreta, de



los Estados Unidos. Por encima de todo estaba la voluntad obstinada del presidente de salvar la Reforma y la situación difícil del país. Por otra parte, las medidas de castigo del ejército invasor, en contra de la población mexicana que hostigaba las partidas militares, afirmó la molestia y los sentimientos de toda la nación. Otro peligro fue Santa Anna, quien desembarcó en Veracruz, procedente de su isla de retiro, Santo Tomás, para ponerse a disposición de la regencia como digno veterano del ejército. A la vez, llevaba la intención de medrar en la política y de explotar la popularidad de antaño, pues no dejó de publicar un manifiesto aconsejando la monarquía como forma de gobierno. Almonte y Bazaine, coludidos, se ocuparon de expulsarlo del país, mediante una orden fulminante del segundo para que se retirara de nuevo a su isla.

12. La convención militar con Francia y la aceptación de Maximiliano

El principio del año de 1864 planteó el proyecto del 30 de enero sobre la convención militar que habría de existir entre el imperio mexicano y Francia que, después de establecer la situación de su ejército, ordenaba a las bases francesas de las Antillas y del Pacífico que mostraran con frecuencia su bandera de guerra en los puertos mexicanos. El gobierno francés garantizaría a México las condiciones más favorables para el pago de los gastos de la expedición, que saldrían de un empréstito al que Maximiliano se obligaba. El 5 de marzo de 1864 llegó Maximiliano, acompañado de Carlota, a París para firmar la convención entre el Imperio y Francia, estableciendo que veinticinco mil soldados franceses quedarían en México hasta que se pudieran reemplazar mientras que la legión extranjera, compuesta por otros ocho mil, permanecería en el país durante ocho años. Se habló del mando de las fuerzas de manera confusa y se estableció que, cuando hubiera soldados de ambas nacionalidades, el mando correspondería siempre a un francés. Las condiciones económicas fueron redactadas por el ministro Fould, y Maximiliano se comprometió a cargas excesivamente pesadas que le obligaban a pagar doscientos setenta millones de francos por los gastos del ejército hasta julio de 1864. Luego mil francos por cada soldado al año, además de indemnizarse a todos los franceses cuyos daños fueron motivo de la intervención. Del empréstito que se iba a emitir, sesenta y seis millones ingresarían al tesoro de Francia, a cuenta de los doscientos setenta millones de indemnizaciones pendientes, salvaguardándose el interés francés ante todo.

El empréstito para el estado mexicano se acordó antes de que Maximiliano fuera emperador en México y sin consultar a consejeros o a la asamblea nacional y los escrúpulos fueron desvanecidos por los financieros franceses e ingleses que tomarían, desde un principio, gran parte del mismo, para cubrir sus reclamaciones y los



intereses de las antiguas deudas. Además, el archiduque dispuso de ocho millones de francos para sus gastos, que cobró inmediatamente. El empréstito fue emitido al seis por ciento y consistió en doscientos un mil seiscientos millones de francos. En cambio, Maximiliano se negó a hacer transacciones con el estado de Sonora y las posibles minas que, se decía, allí existían. La convención se firmó en la tarde del 12 de marzo, un cuarto de hora antes de que los soberanos salieran de París, con carácter de provisional para que se le diera el texto definitivo en Miramar, cuando Maximiliano hubiera aceptado la corona.

El empréstito parece extraordinario y denota la falta absoluta de conocimiento de la realidad de las finanzas mexicanas que se tenía en Europa, si tenemos en cuenta los informes que analizamos, pertenecientes a la época anterior inmediata a la entrada de las fuerzas napoleónicas, referentes a la hacienda del país y a las recaudaciones de las aduanas.

La trascendencia de los pasos que se estaban dando era evidente y de ello pudo darse cuenta Maximiliano cuando, al regreso de Inglaterra, se enfrentó con la necesidad de firmar el documento de renuncia a sus derechos dinásticos: el pacto de familia que lo alejaba de cualquier pretensión a la corona de Austria o a su regencia. Su propia familia lo desheredaba y ello fue la última gran puñalada sufrida antes de abandonar el viejo continente. En marzo, las presiones fueron extraordinarias para evitar que Maximiliano se echara atrás. Napoleón escribió desesperado, al ver que la responsabilidad de la impopular intervención en México se le venía encima el 28 de marzo de 1864:

Estoy consternado por la noticia que hemos recibido. Vuestra alteza imperial está comprometida con su honor frente a mí, a México y a los suscriptores del empréstito. Las desaveniencias familiares no pueden impedir a vuestra alteza imperial cumplir elevadas misiones en otra parte. Piense usted, pues, en su propia gloria. Una negativa me parece hoy imposible. Napoleón.²⁸

A la vez, Maximiliano era asediado por los mexicanos: a punta de presiones lo convencieron con planteamientos de honor y la promesa de su hermano en el sentido de que se haría cargo de él y de su familia en el caso de que las cosas no fueran como esperaban, siempre que

sea compatible con los intereses de mi imperio para asegurar vuestra posición en el mismo; así como tampoco dejaré en igual caso de extender mi cuidado fraternal a vuestra esposa la archiduquesa Carlota y a sus descendientes.²⁹

²⁸ *Ibidem*, p. 262.

²⁹ *Ibidem*, p. 266.



Este ofrecimiento del 31 de marzo de 1864 quedó en pie y, rodeado de intereses ajenos, Maximiliano tuvo que tomar la decisión de renunciar a sus derechos ante la rigidez de Francisco José, su hermano, el 18 de abril, quedando así el camino de la corona totalmente libre.

Gutiérrez de Estrada ofreció la corona haciendo creer, con sus frases ampulosas, que toda la nación la ofrecía, y el archiduque cayó en la trampa para trabajar en favor de la libertad, el orden, la grandeza y la independencia de México, basando su monarquía en leyes constitucionales. Bandera, cañonazos, vítores y telegrama de apoleón, juramento, tedéum y firma de la convención militar ya suscrita en París, más todos los compromisos económicos. Nombramiento de embajador en Austria a Tomás Murphy y de cónsul a Herzfeld, Hidalgo quedó de embajador en París reclamando noventa mil francos de sueldo, en vez de los sesenta que le ofrecieron, y la salida de la pareja tuvo lugar el día 14 de abril de 1864, cuando se embarcaron en el yate imperial *Phantasie*, rodeado de la fragata *Bellona* y de seis barcos del Lloyd, todos empavesados y con las tripulaciones formadas en cubierta, preparados para escoltar durante una hora a las embarcaciones imperiales.³⁰

Maximiliano salió por fin, contra viento y marea, y con la opinión adversa de Europa, excepto la de Francia y la de los conservadores mexicanos, pero incluso la de su propia madre y bajo la presión de su esposa Carlota.

13. Conclusión

La confusión provocada por la dictadura de Santa Anna no impidió que se tomaran medidas burocráticas relativas a los problemas del mar. De ellas, la mayoría respondió a la ruina económica de la nación, pues al autorizarse todos los buques nacionales a practicar el comercio de altura, se buscó en realidad la reciprocidad de las ventajas que, por tratados internacionales, se habían concedido a los buques extranjeros; pero además estaba la intención de gravar todos los navíos, que no pudieran ampararse con las cláusulas de esos tratados, por medio de aranceles.

Los esfuerzos que se hicieron para la organización de la escuadra respondieron a los acontecimientos del estado de Guerrero y al levantamiento del general Juan Álvarez. Por ello surgieron medidas y reglamentos en 1854 destinando seis navíos a la vigilancia del Mar del Sur y otros tantos a la del Mar del Norte, que hicieron patente la necesidad de preparar personal profesional. Para ello se establecieron veinte plazas (prácticamente becas por el gobierno) en la escuela militar. La preocupación relativa a preparar personal profesional cristalizó al crearse la escuela náutica de isla del Carmen al finalizar 1854 y, poco después, fue continuada por

³⁰ *Ibidem*, p. 277.



Comofort en 1857 al fundarse escuelas similares en San Juan de Ulúa, Mazatlán, Tepic y Campeche.

La penuria nacional presionó de todas maneras y se buscaron nuevos motivos para recabar ingresos en el mundo marítimo; ello se evidenció al obligarse la adquisición, por parte de todas las naves, de los certificados de nacionalidad que sólo durarían dos años y tendrían que ser firmados por el propio preidente. No cabe duda de que estas medidas, acompañadas del nuevo código de comercio, fueron destinadas a sacar de los trámites marítimos el mayor provecho económico para el fisco. Por otra parte significan que ese campo fue explotable, aun en los peores momentos.

En adición se celebraron contratos para establecer líneas de navegación extranjeras, que comunicaran el país con Inglaterra y con Francia, en 1855. Esas líneas se vieron comprometidas a prestar servicios al gobierno nacional.

Al agravarse la oposición en contra de Santa Anna se nota el aumento de los cargos contra los barcos y también contra el comercio, con el objeto de poner un mayor caudal al alcance del gobierno.

De hecho fue la imposibilidad de vitalizar la hacienda pública en ruina, además del embrollo político interno, lo que causaría la caída del dictador. Sin embargo, la reglamentación de 1855 nada logró corregir y el empobrecimiento siguió achacándose a la pésima organización fiscal y a los decretos diferenciales que se consideraron funestos.

Cuando los levantamientos arreciaron en 1856, aumentaron las penurias del erario y también se paralizaron fuentes de riqueza en el país. Comofort no entendió la necesidad de cambiar situaciones y provocó la renuncia del ministro de Hacienda, Lerdo de Tejada. La industria nacional, raquítica, contrastaba con la viveza del desarrollo de cuanto procedía del extranjero y así dio comienzo la expansión de la penetración económica. Por ende, aparecieron las necesidades jurídicas creadas por la discrepancia entre la Iglesia y el Estado, y la república entró casi en liquidación al tener que vender los navíos de la armada y comprometer las aduanas marítimas para cubrir deudas, provocadas por la situación interior y por el hambre de Yucatán y Coahuila.

También las costas se vieron afectadas al reflejar la dualidad gubernamental representada por la oposición entre Juárez y Zuloaga-Miramón, así como sufrieron también por el trasfondo económico incapaz que justificó la ley moratoria de los pagos, decretada por Juárez, y el compromiso de Miramón contraído con la casa Jecker y el asalto a la embajada británica para hacerse de fondos. Por ambas partes los gobiernos mexicanos comprometieron el país con los gobiernos extranjeros quienes insistieron en el cobro de sus reclamaciones. Derrotado Miramón por Juárez y expulsados los conservadores del país por éste, se facilitaron las intrigas con la corte francesa, que propició la presencia de Francia, España e Inglaterra en el puerto de



Veracruz. Mientras, cundió en Europa la intriga que llevó a la invasión francesa y que apoyó la instalación de la monarquía de Maximiliano, al que convencieron conservadores mexicanos y delegados de Napoleón III.

Los franceses violaron las condiciones establecidas en la Soledad, y la presión ejercida por Prim y su ideología liberal provocó el retiro de las tropas españolas y de las inglesas, rompiéndose así el compromiso de la intervención tripartita en abril de 1861. En ese mes dio principio la ocupación del país por las tropas francesas para someterlo, sin lograr conquistarlo.

Las tropas se detuvieron frente a Puebla y a la vez se hizo la intriga, en Europa, incitando a Maximiliano hasta lograr arrinconarlo y que cediera.

Mientras, el ejército de ocupación no lograba la toma de la ciudad capital lo que provocó nuevos nombramientos de oficiales franceses y la llegada de mayores contingente de tropa, encabezados por Forey. A su llegada a Veracruz, en septiembre, el francés no logró desembarcar las tropas hasta mediados de noviembre. Su tardanza posibilitó que Juárez trocara la resistencia en lucha nacional en contra de los invasores. Los ataques a los soldados de Forey se complementaron con sus pérdidas en el puerto y la dilación de los movimientos militares desesperaron y confundieron a Napoleón y a Maximiliano.

Las noticias de que Puebla había sido tomada (19 de mayo de 1863) por Forey produjeron el abandono de la capital por Juárez, y que Bazaine la ocupara el 7 de junio de 1863. El júbilo de Napoleón, pensando en las consecuencias económicas que el hecho podía tener, contrastó con la reflexión de Maximiliano en cuanto a la posibilidad de que se retiraran las tropas francesas, sin lograr derivar las conclusiones lógicas para su propia determinación. Las intrigas francesas cundieron también en México donde se planteó la necesidad de establecer la monarquía y, para ello, se contó con el servilismo de Almonte que ofreció el envío de la comisión que propondría la corona mexicana a Maximiliano.

Las protestas continuas de Juárez y su desautorización de las juntas ilegales, que determinaron semejante forma de gobierno haciendo el juego a los franceses, coincidieron con la incautación de los bienes de los colaboracionistas en favor de la república. El entusiasmo de Napoleón y de Maximiliano por sus propios proyectos no mereció el apoyo de las naciones de Europa y ni siquiera el de Austria.

Bazaine fue encargado de pacificar el país a la mayor brevedad ante la inminencia de la llegada de Maximiliano. Los problemas de México señalaron la necesidad de aliviar la responsabilidad napoleónica en ellos y el apoyo francés fue tan funesto como la forma equívoca e intencionada en que los conservadores informaron de la situación. Las campañas francesas hacia el interior fueron ayudadas por los conservadores, y la política de e e ejército ayudó a Juárez a mantener la Reforma y la situación incómoda para los franceses en el país.

En 1864 se firmó la convención militar entre Francia y Maximiliano, que lo



comprometió en exceso, y los préstamos favorecieron a los acreedores antes que al futuro imperio. Maximiliano entendió los pasos falsos que cometió al tener que firmar su renuncia a la herencia de familia y verse limitado a una protección particular por parte de su propio hermano.

La gran intriga europea terminó al salir Maximiliano, contra viento y marea, de Europa hacia México el 14 de abril de 1864, con un apoyo muy relativo de Napoleón y engañado por los propios conservadores mexicanos.